



SIGUE HABLANDO MAIRENA A SUS ALUMNOS

SOBRE LA DUDA

Claro es que la duda que yo os aconsejo no es la duda metódica a que aluden los filósofos, recordando a Descartes. Una duda metódica será siempre pura *contradictio in adjecto*, como un *círculo cuadrado*, un *metal de madera*, un *guardia de asalto*, etc. Porque el que tiene un método o cree tenerlo, tiene o cree tener un camino que conduce a alguna verdad, que es precisamente lo necesario para no dudar. Cuando leáis la obra de Descartes, el mayor padre de la filosofía moderna, veréis como es la duda lo que no aparece en ella por ninguna parte. Descartes es fe madura en la ciencia matemática, sin la cual es casi seguro que no habría nunca filosofado. Y en verdad que nadie ha pensado en colocar a Descartes entre los escép-

ticos. Pero yo no os aconsejo la duda a la manera de los filósofos, ni siquiera de los escépticos propiamente dichos, sino la duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y des-caminado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte.

JHONSON Y DEWEY

Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas superfluas a que se consagran, y es la indefectible jactancia previa de la victoria. Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestaros que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo, que fuese capaz de coger a Jhonson y a Dewey, y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y, sobre todo, ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroísmo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita—¿cómo no?—la desconfianza de lograrlo.

El torero—el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta—es mucho menos estúpido que el boxeador.

—¿Y qué nos va usted a *enseñá* esta tarde, *Sarvaó?*

—*Pue* que a *sartá* el olivo.

—¡Maestro!

—Si sale un torillo claro, *s'hará* lo que se *puea*.

Es decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre puede hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así, podrá no ser un héroe, pero no es un bruto. ¿Conformes?

—(La clase en coro) Conformes.

DE LOS INGLESES

Vivimos—sigue hablando Mairena a sus alumnos—en las postrimerías de un siglo marcadamente anglo-sajón, que rinde culto a la lucha y al juego. Se juega a pelear; se pelea jugando. Esto es lo que saben hacer los ingleses mejor que nadie. Casi me atreveré a decir que son los ingleses del viejo continente los únicos que saben hacer esto bien. Ellos han dado al juego algo de la gravedad de la lucha, y algo a la lucha de la alegre inocuidad del juego. El resultado no carece de belleza ni de elegancia. Pero nosotros, que no somos ingleses, como otros pueblos que, a su manera, tampoco lo son, debemos estar en guardia contra el genio deportivo y peleón de los ingleses, y no incurrir nunca en imitarlos, por mucha que sea nuestra simpatía hacia ellos.

EL HOMBRE CINÉTICO

Nunca nosotros hemos de profesar un culto desmedido a las actividades cinéticas, convencidos de que éstas se nos darán siempre por añadidura, mientras no logremos sustraernos al universo físico de que formamos parte. Ni el trabajo por el trabajo, ni el juego por el juego, ni la lucha por la lucha misma, que son maneras de rendir un homenaje—realmente

superfluo—al movimiento. La gracia está en pararse a ver, a contemplar, a meditar, en consagrarse un poco a las actividades quietistas. Quiero decir con esto que no pretendo educaros para hombres de acción, que son hombres de movimiento, porque estos hombres abundan demasiado. El mundo occidental padece plétora de ellos, y es su exceso, precisamente—no su existencia—, lo que trae al mundo entero de cabeza.

SOBRE LAS CONVICCIONES

Las convicciones—decía Federico Nietzsche—son enemigos más peligrosos de la verdad que las mismas mentiras. He aquí una de las proposiciones más escépticas que conozco. Confieso mi simpatía hacia ella. Pero, ¿a dónde irá un hombre sin convicciones, incapaz de convencer a nadie? El mismo Nietzsche, después de esta confesión, se nos mostró terriblemente convencido de cosas muy temerarias y problemáticas: la voluntad de poder, el superhombre, el eterno retorno, etc., etcétera. Y son estas convicciones desesperadas, con que los escépticos pretenden compensar toda una vida de estéril rebusca de la verdad, las que más honda huella dejan en nosotros, si queréis, las más dañinas y que más confirman la tesis nietzchiana, como enemigas de esta misma verdad.

*

Pero acaso no sean ellas las más peligrosas, sino otras de apariencia superficial, que revelan el rígido mecanismo del *sí* y el *no*, que funciona solo, automáticamente, en el fondo de nuestras almas.

*

Cuenta Mairena, ya en los últimos años de su vida, haber visto a una madre que llevaba de la mano dos niños pequeños, los cuales iban jugando a la política del día. Y uno de ellos gritaba: ¡Maura, sí! Y el otro: ¡Maura, no! Mairena vió alejarse aquel grupo encantador con cierta compleja melancolía de viejo solterón, por un lado, y de profeta rasurado y a corto plazo, por otro.

SOBRE UNA FILOSOFÍA CRISTIANA

Sobre la divinidad de Jesús he de deciros que nunca he dudado de ella. O el Cristo fué el divino Verbo encarnado milagrosamente en las entrañas vírgenes de María, y salido al mundo para expiar en él los pecados del hombre, que es la versión ortodoxa, difícil de comprender, pero no exenta de fecundidad; o fué, por el contrario, el hombre que se hace Dios, *deviene* Dios para expiar en la Cruz los pecados más graves de la divinidad misma, que es la versión heterodoxa, y no menos profunda, de mi maestro. Como veis ambas ponen a salvo la divinidad de Jesús. Sobre las dos habéis de meditar, bien con el propósito de conciliarlas, salvando, no ya la divinidad, que por sí misma se salva, sino el origen divino del Crucificado, bien, si ello no fuere posible, con el valor suficiente para eliminar una de ellas y ver en la otra el hecho cristiano en toda su pureza.

Para mí es evidente—sigue hablando Mairena a sus alumnos—que el Cristo trajo al mundo, entre otras cosas, un nuevo tema de reflexión, sobre el cual no hemos meditado bastante todavía. Por esta razón, creo yo en una filosofía cristiana del porvenir, la cual nada tiene que ver—digámoslo sin amba-

ges—con esas filosofías católicas, más o menos embozadamente eclesiásticas, con que hoy, como ayer, se pretende enterrar al Cristo en Aristóteles. Se pretende, he dicho, no que se consiga, porque el Cristo—como pensaba mi maestro—no se deja enterrar. Nosotros partiríamos de una total jubilación de Aristóteles, convencidos de la profunda heterogeneidad del intelectualismo helénico, maduro en el Estagirita, con las intuiciones, o si queréis, revelaciones del Cristo. Porque esto es para nosotros un acierto definitivo de la crítica filosófica, sobre el cual no hay por qué volver.

Otro de los grandes enemigos del Cristo y, por ende, de una filosofía cristiana sería, para nosotros, la Biblia, ese cajón de sastre de la sabiduría semítica. Para ver la esencia cristiana en toda su pureza y originalidad, los mismos Evangelios reputamos fuente de error, si antes no son limpiados de toda la escoria mosaica que contienen.

Otrosí: ni la investigación histórica, por un lado, ni, por otro, la interpretación de textos dogmáticos, han de aprovecharnos demasiado.

Nosotros partiríamos de una investigación de lo esencialmente cristiano en el alma del pueblo, quiero decir en la conciencia del hombre, impregnada de cristianismo. Porque el cristianismo ha sido una de las grandes experiencias humanas, tan completa y de fondo que, merced a ella, el *zoon politikon*, de Aristóteles, se ha convertido en un *ente cristiano* que viene a ser, aproximadamente, el hombre occidental.

LOS CUATRO MIGUELES

Decía Juan de Mairena que algún día tendríamos que consagrar España al Arcángel San Miguel, tantos eran ya sus

Miguel Servet, Miguel de Cervantes, Miguel de Molinos y Miguel de Unamuno. Parecerá un poco arbitrario definir a España como la tierra de los cuatro Migueles.

Sin embargo, mucho más arbitrario es definir a España, como vulgarmente se hace, descartando a tres de ellos, por heterodoxos, y sin conocer a ninguno de los cuatro.

LOS DEL 98

Estos jóvenes—Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98—son, acaso, la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la iglesia, o si os place mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españoles, que despiertan más o menos malhumorados al grito de: ¡sálvese quien pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que la espera: del eclesiástico, indefectible y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo.

LA PATRIA GRANDE

La patria—decía Juan de Mairena—es, en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta

siquiera. Si algún día tuviereis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poner os del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español; si algún día grita: ¡viva Rusia!, pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.

ANTONIO MACHADO.